

Siempre hay una octava

Desireé Martín



Capítulo 1

SIEMPRE HAY UNA OCTAVA

Giro mi cuerpo hacia un lado por puro instinto y mi estómago vacía su contenido sobre el suelo, dejando un sabor ácido en mi boca. Me limpio con el dorso de la mano y trato de entender dónde estoy y qué ha pasado.

Abrir los ojos no hace diferencia alguna, todo está tan oscuro que bien podría seguir teniendo los párpados cerrados. El olor del desastre que acabo de dejar a un lado se entremezcla con otros que me resultan conocidos pero la niebla en mi mente, y el dolor de cabeza, no me permiten localizar.

Madera mojada, polvo, plástico.

Me pongo en pie de forma un poco torpe, como si estuviera flotando en medio del agua y no pudiera distinguir lo que es arriba y lo que es abajo. Tanteo en la oscuridad hasta tocar algo, parece una columna o el inicio de una pared. El suspiro de alivio que brota de mis labios pronto se convierte en una exclamación de sorpresa. Doy un brinco y me sacudo la mano, la sensación de cosquilleo sobre la piel hace que mi reacción sea automática. No noto nada, pero igualmente sufro un escalofrío. Habrá sido mi imaginación. Finalmente recuesto la espalda contra el pilar. Miro alrededor y solo puedo distinguir una ventana que parece tapada por algún tipo de cortina, el brillo al otro lado es muy tenue, debe ser de noche.

Me parece un buen momento para intentar recapitular sobre qué ha ocurrido y cómo he llegado aquí: una oscuridad desconocida, con una enorme resaca.

Lo primero que se me viene a la cabeza fue el momento en que llegué a casa. El olor a la deliciosa cena que había preparado mi mujer llegaba hasta el jardín, atrayéndome como un oso a un delicioso panal de miel. Cuando entré me dirigí a la cocina para poder besarla y abrazarla.

— Llegas temprano — su voz era tan cálida como siempre. — La cena ya casi está.

Llevé una mano a su mejilla, acariciando con suavidad la tersa piel de su pómulos y dedicándole una sonrisa que ella me devolvió, con esos pequeños labios apretados en los que dejé un nuevo beso antes de ir a lavarme las manos.

La imagen del agua, turbia por los restos del maquillaje, sigue aún dando vueltas en mi cabeza cuando mi corazón se acelera en aquella oscuridad. ¿Dónde está mi mujer? ¿Le habrá ocurrido algo? ¿Y si está herida? Intento

moverme de nuevo, escuchando chirridos a cada paso. Es un suelo de madera, es fácil de imaginar. Pronto entiendo que debe ser mi propio desván, ella siempre se queja de lo viejas que están las tablas y que deberíamos cambiarlas. De repente agradecí no haberlo hecho, al menos ya no estoy tan perdido.

Recuerdo que hay una bombilla, una de esas que tienen una cadena colgando, si la enciendo resultará mucho más cómodo moverme. Aún así grito su nombre, tal vez está abajo, o puede que se quedase fuera de juego conmigo, ¿nos pasamos bebiendo juntos? Escucho una respiración. No estoysolo.

— Está delicioso, cariño — miré de nuevo su sonrisa y estiré la mano para sujetar la suya, acaricié sus dedos que parecen pequeños gusanos asomando por el agujero de una pared tras haber devorado el yeso — Aunque un poco más picante de lo que me gusta.

Se disculpó por aquello, como siempre hacía, seguramente una costumbre adquirida de su antigua relación. Sacudí la cabeza y seguí contándole el maravilloso día que había tenido en el trabajo, ella escuchaba con atención, como si le estuviera narrando la más maravillosa historia y, mientras tanto, yo aprovechaba para perderme en sus preciosos ojos oscuros mientras las palabras salían como una imparable cascada. Vuelvo a decir su nombre, ahora más alto, más insistente. No recibo respuesta. Aún así estoy seguro de que noto la presencia de alguien más conmigo, en aquel desván. Siento la respiración y cuando me detengo una tabla chirría. No he sido yo. Me quedo inmóvil durante unos segundos y escucho de nuevo las tablas, más cerca de mí. Retrocedo un paso y pregunto quién está ahí aunque no espero respuesta.

La cena había sido copiosa pero eso no impidió que la pasión estuviera a flor de piel. Ni tan siquiera esperé a que la rutina de cada noche nos llevase a la habitación. Los platos con restos de comida adornaron el suelo, algunos hechos añicos, pero limpiar era algo para más tarde. En ese momento solo podía pensar en el precioso cuerpo de mi esposa retorciéndose sobre la mesa, en el chirrido que las patas hacían sobre el suelo cada vez que me movía, en sus dedos arañando la madera.

Cicatriz sobre cicatriz.

Un pinchazo parece atravesar mi vientre de lado a lado.

La oscuridad de la noche huye y deja paso a otro tipo de oscuridad. Casi me arrepiento de haber encendido la luz.

Recorro aquellas extremidades con los ojos, desde sus siete puntas apoyadas sobre el suelo hasta la unión de estas al cuerpo redondo tan grande como el coche que le regalé en nuestra boda. La negra piel brilla

bajo la luz amarillenta y poco a poco da paso a algo más grisáceo, lechoso y mortecino.

La cintura de mi esposa se alza por encima de mi. Ese enorme cuerpo la obliga a inclinarse siguiendo la forma del techo, con los brazos colgando hacia abajo, hacia mi, como si de un cadáver se tratase. Sus costillas marcadas dan aún más sensación de descomposición. La miro y, cuando nuestros ojos se cruzan, sé que está viva. Ojalá no fuera así.

Su sonrisa es todo dientes, afilados como agujas mortíferas. Todos sus ojos, tan oscuros como su piel, están fijos en mi. Me dejo caer en el suelo, arrastrándome hacia atrás, hasta que de nuevo tengola espalda apoyada en aquel pilar. No, no es un pilar. Alzo la vista y lo compruebo. Ahí está la octava pata.

Dejo escapar un grito que parece desgarrar mi propia cabeza. Me llevo las manos al vientre, el dolores insoportable. Y las veo, sacando sus alargadas extremidades, naciendo de mi. Una, dos...hay una tercera. Al menos eso es lo que estoy seguro de sentir antes de dejar de sentir por completo. Mis ojos se quedan fijos en ella, mi esposa, es lo último que quiero ver, aunque sea esa horrenda versión de la mujer que amé.

Con mi último aliento solo puedo preguntarme, ¿cómo pude estar con ella y no ver lo que realmente era? ¿Cómo escondió el monstruo que llevaba dentro entre tanta docilidad y obediencia? ¿Si los golpes hubieran sido más fuertes, podría haberme salvado? Si en lugar de su brazo hubiera sido su cuello, ¿habría evitado esa pesadilla?

Su vestido negro hace ver su piel aún más pálida de lo que seguramente es. Sentada sola en una de las mesas, con la mirada perdida en la danza de los recién casados. O eso cree él. No puede evitar pensar que es la mujer más hermosa que ha visto nunca. Ha escuchado hablar sobre ella y se pregunta si será la indicada.

— Vete a casa, estás haciendo el ridículo. Te dije que con esos zapatos pareces un niño pequeño aprendiendo a andar. Mejor ve a cambiarte antes de que salgas en el vídeo — murmuró, poniendo la atención en su acompañante, la cual agachó la cabeza y fue a recoger sus cosas, acatando su *sugerencia*. Disculpándose con él, como siempre hacía. Nadie notó su ausencia, todos estaban demasiado centrados en su propio baile.

Ahora, libre de las ataduras que ya le aburrían, pudo dirigirse libremente a aquella mesa. Hacia aquella mujer de preciosos ojos oscuros y mirada melancólica. Se presentó, con aquel encanto que tanto había

perfeccionado a lo largo del tiempo.

— Lamenté mucho escuchar lo de su marido, imagino que debe estar destrozada — ella le dedica una sonrisa triste y agacha la mirada, con timidez, encogida sobre si misma como si no fuera más que una niña pequeña, afligida por su desgracia. Él decide que la ha encontrado. Como se suele decir: de una boda siempre sale otra.

Es un hombre atractivo, no el más llamativo que haya visto nunca, pero sin duda encantador. Ha escuchado hablar de él. La decisión está tomada.

Capítulo 2

INFLUENCER

Mi mano se sacudía de un lado a otro mientras mantenía la vista fija en aquel ojo oscuro que se había convertido en mi más íntimo amigo. Cuando la lucecita roja se apagó dejé caer la mano y también permití que un suspiro cansado se deslizara entre mis labios, los cuales por fin habían relajado el gesto tras pasar tanto rato estirados de forma tan antinatural para cualquier persona. Tuve la imperiosa necesidad de masajearme las mejillas.

—Perfecto, cariño.

Alcé la vista hacia mi madre cuando se acercó a mi con el teléfono en la mano, seguramente revisando el número de seguidores. Dudaba mucho que cuando tenía mi edad hubiera pensado que un número que bajaba y subía constantemente pudiera significar algo tan importante para ella, sin contar el de la cuenta bancaria, por supuesto.

—Aunque deberías intentar sonreír más. Estás más guapa cuando sonríes —dijo. Ella misma lo ejemplificó con una sonrisa que se veía tan artificial como todo el potingue que embadurnaba su rostro.

—¿Más? —casi me arrepentí de haberlo dicho antes de que la palabra saliera de mi boca. Tras apretar los labios asentí —Sonreiré más.

Pude ver su expresión complacida ante mi obediencia, eso siempre me hacía sentir bien, estaba siendo una buena chica. Recibí un escueto beso al aire y la vi marchar, dejándome en la soledad y silencio de mi habitación. Seguramente iría con mi padre para analizar el directo, buscando los puntos débiles de mi interpretación al meter a los patrocinadores en medio de la, en teoría, distendida charla que tenía con mis seguidores. Me esperaba una tarde de correcciones al día siguiente.

Me puse en pie para poder prepararme e ir dormir, era bastante tarde, la retransmisión se había dilatado más de lo esperado. Tras apartar la percha en la que tenía preparado el uniforme que necesitaría la mañana siguiente para ir a clase pude abrir el armario y sacar el pijama.

Todo el proceso de irme a dormir era mucho más largo de lo que podría ser si solo tuviera que cambiarme de ropa. Había toda una rutina de higiene facial que debía seguir al pie de la letra, porque un solo día que me la saltara podía suponer un castigo. “Para estar bella hay que sufrir”, me decía mi madre siempre. Al parecer sufrir significaba perder horas de sueño. “Eres joven, ya descansarás cuando llegues a nuestra edad”, aseguraba mi padre.

Lo cierto es que me encantaba lo que hacía. No es que ser Influencer fuera algo que me desagradara, simplemente a veces me habría gustado solo ser una adolescente más, que se olvida de desmaquillarse antes de ir a la cama o que podía pasarse una tarde con la persona que le gusta, sin ser reconocida. Siempre me sentía una desagradecida por tener esos pensamientos, mis padres se esforzaban mucho y yo no podía ser menos.

Una vez me había metido en la cama aún tardé una hora más en poder comenzar el proceso del verdadero sueño, pero revisar las redes sociales era prácticamente parte de mi trabajo. O, mejor dicho, de la fuente de ingresos de mi familia. Tenía que responder comentarios, seguir a algunas personas, interactuar con otras y revisar posibles patrocinadores, aunque al final fueran mis padres los que tomaban las decisiones. Ellos sabían lo que era mejor para mí.

"Sonríe, cariño. Con esa preciosa cara que tienes verás como todas las puertas del mundo estarán abiertas para ti."

Bloqueé el móvil y lo dejé en la mesilla de noche, con la pantalla hacia abajo, por pura costumbre. Cerré los ojos y me dispuse a regalarme un descanso bien merecido.

No estoy del todo segura de si llegué a alcanzar una fase muy profunda del sueño cuando la vibración del dispositivo me despertó. Fruncí un poco el ceño y me giré en la cama dispuesta a ignorarlo. Conocía cada vibración a la perfección y aquello solo era una notificación de Instagram.

No, no fue una. Vibró de nuevo. Y una tercera vez. Alguien parecía tener ganas de conversar. Me revolví de nuevo en la cama, irritada, pero decidí seguir con mi plan de dormir. No sirvió de nada. Las vibraciones fueron constantes durante lo que me pareció una verdadera eternidad, casi parecían superponerse una sobre la otra.

BRR

BRRR

BRRR BRR BRRR BRR BRRR

Cuando me rendí a aquella interrupción tomé el móvil con brusquedad para poder mirar de qué iba todo eso. La aterradora idea de que algo pudiera haber ocurrido con mis seguidores me paralizó por un instante. alguna noticia falsa, una foto en la que no hubiera salido bien, un pequeño error y tendría oleadas de odio.

Para mi sorpresa todo lo que encontré fue una notificación. Una única y exclusiva ventanita que me avisaba de un mensaje privado. Arrugué el

rostro, confusa, ¿habría estado soñando? Suspiré y la miré, ya que tenía el teléfono en la mano no podía simplemente ignorarlo.

«¿Quieres conseguir seguidores reales, que interactúen con tus publicaciones y disfruten de tu contenido? ¡Conviértete en la influencer más vista de la red haciendo click aquí!»

Aquello era una tontería, claro. Lo supe en seguida. Y sin embargo no cerré aquella conversación, seguí mirando esas palabras como si pudiera encontrar el engaño en ellas. Un mensaje tan corto y me tenía hipnotizada como si fuera la historia más fascinante jamás contada.

Me comencé a morder el pequeño padrastro que me salía en el pulgar. Casi sentí la dolorosa palmada de mi madre en la mano para recordarme que nadie querría patrocinar unas manos tan descuidadas y que era una costumbre terrible para una chica joven.

Tal vez fue esa voz en mi cabeza la que me hizo darle click al enlace. Si pudiera conseguir más seguidores ella estaría mucho más satisfecha. Todos verían lo guapa que era, lo mucho que me había esforzado para cumplir sus peticiones y escuchar sus sugerencias. En convertirme en la mujer que ellos querían que fuera.

«Sonríe más.»

«¡Ese color te hace más vieja!»

«Menudo grano, deberías ponerle nombre, qué asco jaja.»

«Qué labios más finos tienes, deberías rellenarlos.»

«Sin ofender, pero con el pelo recogido pareces una pelota de playa. Deberías dejarlo suelto, estarías más guapa.»

La pantalla de mi teléfono se puso completamente negra durante unos segundos. Escuchaba algo de ruido y solo por eso supe que no se había apagado solo. Subí un poco más el volumen, percibiendo pasos, ruido de algo que se movía. Sin darme cuenta estaba cada vez más cerca de la pantalla, como si así pudiera discernir mejor qué era lo que estaba —o no estaba— viendo.

—¡Dímelo!

El grito que surgió del altavoz logró que pegase un brinco en la cama y estuve a punto de dejar caer el teléfono, por suerte lo sujeté bien. Necesitaba saber lo que estaba ocurriendo en ese video.

Apretaba tanto el móvil entre los dedos que mis nudillos comenzaban a quedarse blancos. La sucesión de imágenes, de rostros, los gritos y las frases que me resultaban tan familiares. Todo lo que presencié me dejó sin aliento, con la boca abierta y un vacío en el pecho que no había sentido jamás. Era como si alguien me hubiera arrancado el corazón sin dejar rastro alguno. Sin embargo mis labios se estiraron en una amplia sonrisa. Era eso, justo eso. Acababa de ver el modo de hacerme la influencer más famosa. Mi madre al fin estaría orgullosa. La voz de la chica del video permanece resonando en mi cabeza, como un mantra que me da fuerzas: *¿Te gusto ahora?*

Los dedos de la mujer se movían veloces por la pantalla de la tablet, colocada sobre el teclado del portátil que tenía abierto frente a ella, encima de la mesa del comedor. Al otro lado de la estructura de madera estaba su marido, también con su ordenador abierto, tecleando sin parar mientras miraba el teléfono que tenía a un lado.

—Vamos a tener que hacer algo con el fondo. No dejan de quejarse por los cuadros de flores. Vaya estupidez, ¿quién se pone a mirar los cuadros cuando tiene a una chica preciosa delante? —dijo, indignada.

El hombre solo sonrió con resignación, parando de teclear durante un segundo y mirando la hora. Era muy tarde, tal vez no sería mala idea irse a dormir. Alzó la mirada hacia su esposa.

—Ah, por cierto, hablé hoy con los de la pastelería —dijo—.

—Mierda, es verdad. Casi me había olvidado de la fiesta —chasqueó la lengua.

—Tenemos que hacer algo espectacular, son sus quince y ya sabes lo importante que es eso en muchos países. Sería una buena forma de conectar con el público más internacional, con la comunidad latina.

Ella sabía que tenía razón así que no pudo más que asentir. Todos los eventos importantes de la vida de su perfecta hija debían ser mostrado con el más absoluto cuidado. Ahora tenían muchos patrocinadores que prácticamente costearían por completo cualquier tipo de fiesta que quisieran dar.

La mujer frunció los labios en un gesto pensativo, girando el rostro al ver una sombra por el rabillo del ojo, pero no era nada. Parpadeó, frotándose los ojos, debía ser el cansancio y tantas horas frente a las pantallas.

—Deberíamos ir a dorm—

—¿Has escuchado eso? —vio a su marido ponerse en pie y acercarse a la entrada del pasillo, perdiéndose al cruzar el umbral.

—¿Cariño? —lo llamó.

No obtuvo respuesta y pasó un momento que, en aquella oscuridad y silencio, le pareció una eternidad. Escuchó un golpe extraño, un quejido y varios golpes más. Luego silencio hasta que comenzó a escuchar los pasos. Se puso de pie de forma brusca, haciendo rechinar las patas de la silla contra el suelo.

—¿Cariño? —insistió con voz aguda y temblorosa. No obtuvo respuesta alguna así que comenzó a retroceder, por pura inercia.

Miró el teléfono sobre la mesa se apuró en acercarse, estirándose por encima de la superficie para cogerlo, sintiendo que las manos le temblaban mientras intentaba marcar el número de la policía. Estaba a punto de pulsar el icono verde para llamar cuando vio la figura de su hija caminar hacia ella, saliendo del pasillo para adentrarse en el comedor.

Los ojos de la mujer se abrieron tanto que parecían dos enormes lunas blancas. Se quedó muda, estática, dejando caer el móvil al suelo con un golpe sordo que en aquel silencio retumbó por las paredes. Solo había otra cosa que rompía aquella calma.

El cuerpo de su marido se arrastraba al son de los pasos de su hija, la cual había aferrado, con sus dedos tintados de rojo, la boca del hombre, la cual estaba anormalmente abierta al tener las mejillas desgarradas y la mandíbula dividida en dos. Parecía estar arrastrando un pez, como si sus dedos fueran el anzuelo y se clavaban en su paladar sin vida de forma segura para que su presa no escapase.

Para la madre fue difícil saber si el reguero de sangre que empababa el suelo provenía de la enfermiza expresión del padre o de la hija, la cual se acercaba a ella con paso lento pero decidido.

—Mira, mami. —el cuerpo de su marido sonó como si no fuera más que una bolsa de carne al caer contra el suelo cuando lo soltó—. ¿Te gusto ahora?

La mujer se desgarró los pulmones en un grito tan profundo como las heridas que surcaban el rostro de la niña, naciendo en la comisura de sus labios hasta perderse hacia sus orejas.

Los pulgares de la adolescente se colaron en la boca de su madre, presionando hacia las esquinas con fuerza, dibujando en su rostro una

sonrisa artificial, como las que tanto le gustaban.

—No llores. Ahora podrás sonreír siempre y ser tan hermosa como yo.

Los dientes de aquella mujer se apretaron con fuerza, intentando de algún modo morder a su agresora como si así pudiera escapar de su destino. Pero esto no pareció importar a la que una vez fue su hija, que solo comenzó a reír con voz aguda mientras tiraba más y más, hasta que la piel cedió bajo la presión que ejercía.

El cuerpo de su madre quedó arrodillado frente a ella. La tomó del pelo con una mano y descansó sobre sus dientes inferiores los dedos de la otra, tirando de su cabello hacia arriba y de su boca hacia abajo, separando así la mandíbula en dos, como había hecho con su padre. El sonido del hueso al quebrarse acabó con el de los gritos y al fin se hizo el silencio en el comedor.

El muñeco inerte que una vez había sido su beneficiaria cayó al suelo y fueron unos segundos de completo silencio, sin movimiento, sin nada más que la respiración pausada de la joven que seguía en pie.

La cabeza de la Influencer se giró despacio hacia la mesa, al portátil abierto que había sobre esta. La luz roja de la cámara parpadeaba. En la pantalla se vio a sí misma y se dirigió hacia ella, como Narciso atraído por su propio reflejo. Pudo observar el número de espectadores subir y subir. Las reacciones y comentarios no dejaban de inundarlo todo como si fuera un río descontrolado, a punto de hundir una ciudad entera bajo su manto.

Su rostro quedó frente a la cámara. Solo ella, su sonrisa, su precioso maquillaje rojo y sus admiradores. Fijó los ojos en el ojo oscuro, como le habían enseñado. Pasó una mano por su pelo, como si pretendiera acicalarlo para los seguidores que seguían pendientes de ella.

Finalmente se acarició con los dedos de ambas la sonrisa que ella misma se había creado, con su sufrimiento. Así debía ser. Una sonrisa eterna e inolvidable. Lo había conseguido, al fin lo había logrado.

Cuando habló, mostrando todos sus perfectos y cuidados dientes, su voz parecía una súplica.

—¿Os gusto ahora?